



DISCURSO CIVICO

QUE EL

C. VICENTE RIVA PALACIO

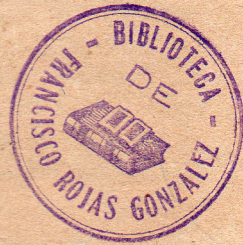
PRONUNCIÓ EN LA ALAMEDA DE MEXICO

EN EL ANIVERSARIO

DEL GLORIOSO GRITO DE INDEPENDENCIA

EL DIA

16 DE SETIEMBRE DE 1871



MEXICO

J. S. PONCE DE LEON, IMPRESOR

Callejon de Sta. Clara núm. 6, letra A.

1871.

ESCUHAD....!!

Escuchadme vosotros los que habeis nacido bajo el ardiente sol de México, los que habeis aspirado desde la cuna el perfumado viento de sus padreras y de sus montañas, los que habeis visto deslizarse los dias de vuestra vida en esta nacion atleta, luchadora eterna, que como el dios de la guerra de sus antiguos pobladores, ha necesitado tender el arco y empuñar la maza para derribar á sus enemigos desde el instante en que por primera vez miró la luz del dia, y que ha crecido y se ha desarrollado en medio de los combates, entre las victorias y los triunfos, entre años de angustia y momentos de regocijo.

Escuchad! Peregrinos de la humanidad, hemos vencido una etapa mas, y fatigados por nuestro penoso camino, hoy nos detenemos un momento, no temerosos de continuar nuestra atrevida mar-

cha, ni arrepentidos de haber recorrido la escabrosa senda que nos condujo hasta aquí, sino para contemplar con la mirada serena, el corazón tranquilo, el espíritu levantado, todo ese camino que dejamos atrás regado de sangre y de lágrimas, pero también cubierto de laureles; y todo ese inmenso horizonte, luminoso en algunas partes, negro y tempestuoso por otras, lleno de terribles amenazas y de consoladoras esperanzas, en calma y agitado, vertiginosa sima algunas veces, encantada y floreciente llanura otras, y que se extiende delante de nosotros, y que todos los días comienza desde "el mañana," y que por una ley inexorable tenemos precisamente que atravesar.

¿Y qué voy á decirós? ¿Y de qué voy á hablaros en este día, en que pendientes de mis palabras, sentís en vuestros cerebros esa triste y melancólica série de ideas que forman vuestros recuerdos, y esa febril y agitada angustia de vuestro espíritu que anhela por penetrar el nebuloso arcano del porvenir?

Para cantar las glorias y la Independencia de un pueblo, se necesitaria la pujante voz de la tempestad; para marcarle sobre la historia el camino de su porvenir, fuera preciso el dedo de un Dios; pero grande el espíritu de un hombre, por pequeño que sea, se levanta y se cierne sobre los tiempos y sobre las naciones cuando su voz es la palabra de un pueblo, cuando sus palabras perdidas entre la multitud, despiertan, sin embargo, ese sentimiento noble y generoso que nunca muere en los corazones, y se llama *el amor de la Patria*,

amor tierno y dulcísimo algunas veces como la brisa de las tardes, terrible y conmovedor otras como el aliento del huracán, pero que vive siempre al lado de ese santo amor, del amor de la madre.

Desde los tiempos de la fábula, desde aquellos días en que el modo de ser y de existir de los pueblos y de los hombres, escapándose á las investigaciones de los historiadores, y burlándose de las profundas meditaciones de los sabios, los héroes, los reyes y los civilizadores se cubrieron con el luminoso manto de los semi-dioses, y no llegaron hasta nosotros sino dando su nombre á una constelacion, ó al través de fantásticas y encantadoras leyendas y tradiciones, la humanidad se ha dividido en dos grandes partidos, en dos grandes principios, en dos grandes elementos, que luchando y combatiendo á cada paso, y vencedores ó vencidos, y dueños del campo y gobernando al mundo entre el fausto y la opulencia, ó tramando en el silencio misteriosas y terribles conspiraciones, han dirigido el destino de los pueblos, han impreso su sello á las épocas de la historia, y han sido el día y la noche, la luz y las tinieblas de la humanidad.

El principio del retroceso y el espíritu del progreso han compartido alternativamente el reino de la tierra; ved á Prometeo que robaba el fuego de la inteligencia á los dioses para llevarlo al mundo; mirad á Eva que hacia comer el fruto del árbol de la ciencia á su compañero.... En todas las religiones se encuentra ese símbolo, que bajo la forma de un mito, entónces, hoy es una reali-

dad en las terribles luchas que todos los días y en todas las naciones estamos presenciando.

Los hombres, espantados del porvenir ó halagados á veces por sus recuerdos, se dividen instintivamente, anhelando unos el bien y la felicidad de los pueblos en las conquistas que esperan hacer en el porvenir, soñando otros la felicidad y la fortuna como la emanación directa de las viejas instituciones, de las pasadas y olvidadas costumbres y de las ya gastadas tradiciones.

Pero de esa lucha, como del choque del pedernal contra el acero, brota siempre la luz, rojiza como el reflejo de un incendio, porque es luz de sangre y de rencor, pero luz que, iluminando siempre, hace dar un paso á la humanidad, paso del que jamás retrocede, y que es siempre un avance, porque tal es la ley eterna, que aun el mismo triunfo de las ideas retrógradas, por mas que aparezca como contrario al adelanto, hace marchar siempre al mundo en su camino de progreso y de civilización.

Las ideas del retroceso y del adelanto no se muestran siempre á la luz del sol bajo sus mismas formas, ni se engendran inexorablemente en los cerebros de sus mismos partidarios: son como dos serpientes que luchan, se deslizan entre la oscuridad, se enlazan entre sus anillos, hasta que á veces, no pudiendo distinguirse la una de la otra, se estrechan y se confunden.

El clero mismo, considerado en los tiempos modernos como el enemigo de la ilustración, de la democracia y de la soberanía del pueblo, como el

partidario del absolutismo, de la teoría del derecho divino y de la aristocracia de la sangre, ha sido, sin embargo, en la época del bajo Imperio, el fiel depositario y el ardiente propagador de la ciencia, y que cuidando del espíritu humano, vacilante y débil durante algunos siglos, no se apartó de su lado, hasta que ese espíritu se llamó Leibnitz ó se llamó Rouseau; se llamó Galileo ó se apellidó Voltaire. Espantado de su obra quiso entonces destruirla, pero su obra era buena, y su empeño fué imposible.

Hay, sin embargo, dos épocas en la historia moderna, en que la verdad de estas teorías aparece con mas vivo esplendor: la época del descubrimiento y conquista de la América, y el período de su Independencia.

La conquista y la Independencia de México no deben considerarse como hechos aislados, influyendo solo en un pueblo y en una nacion, sin liga, sin relaciones, sin consecuencia en toda la América y en el resto del mundo, no; la conquista y la Independencia de nuestra Patria forman parte de nuestro grandioso todo, de esa inmensa obra de la humanidad que ha hecho del Continente Americano el lugar escogido por la libertad, por la República y por la democracia para plantear su imperio.

Toda la América fué conquistada casi á un mismo tiempo, como toda casi al mismo tiempo se hizo libre, marcando así las dos grandes eras del mundo de Colon; porque nada importa para el isocronismo de las épocas de la historia, la peque-

ña diferencia de unos cuantos años que no son sino espacios inapreciables en el eterno cronómetro de la vida del mundo.

La conquista de México, como la de todos los países del Nuevo Mundo, y aun de algunos del antiguo, en la época á que nos referimos, fué hija de un principio monárquico y religioso intolerante, que tendia á ensanchar sus dominios, llevando por remotos países el pendon de los reyes y la insignia del cristianismo. Nada era entónces la voluntad de los pueblos: el capricho del soberano, bien ó mal dirigido por los doctores de la Iglesia, y apoyado en una concesion del Pontífice Romano, bastaba para convertir á una nacion independiente en colonia, á un pueblo libre en tributario, á un país feliz y tranquilo en sumiso y desgraciado esclavo de un monarca que apénas tenia idea de sus riquezas, de sus necesidades y de la índole de sus habitantes. A una sola palabra de aquellos monarcas, los hombres tenian que abandonar sus hogares, y conducidos por capitanes mas ó menos hábiles, mas ó menos audaces y mas ó menos afortunados, se lanzaban sobre frágiles embarcaciones atravesando borrascosos y desconocidos mares, para llevar con su religion la esclavitud y la guerra á pueblos tan desconocidos para ellos, como los mismos mares procelosos por donde acababan de cruzar.

Pero ese era el espíritu de la época, y seria por demas injusto culpar aquellos soldados, aquellos sacerdotes y aquellos reyes que, cediendo á las ideas de su siglo, y con toda la buena fé del fana-

tismo en sus creencias políticas y religiosas, seguían el camino natural marcado al progreso de la sociedad, y eran, sin conocerlo ellos mismos, los más entusiastas y constantes obreros del porvenir de la humanidad, y que preparaban, sin comprenderlo, el triunfo lento, pero seguro, de la democracia y de la República, abriendo con el regio aparato de los dogmas del derecho divino, ancho paso al sagrado principio de la soberanía popular.

La República y la democracia eran plantas exóticas en el Antiguo Mundo, cuyos campos talados por los Césares, cuyas ciudades conquistadas por los señores feudales, y cuyos habitantes acostumbrados á unir la idea de su rey con la idea de Dios, no podían contener en sus diversos elementos esa sávia fuerte y poderosa que necesita para su existencia la soberanía del pueblo. La República y la democracia necesitaban otra region, otros hombres; necesitaban un continente nuevo y una raza que hubiera perdido hasta las costumbres y los hábitos de los pueblos monárquicos.

La América era ese continente predestinado: la raza debía formarse de la mezcla, de la amalgama de conquistadores y conquistados, de vencedores y vencidos, de señores y de tributarios; y para esto era necesaria la conquista, era necesario que los soldados de los monarcas del Viejo Mundo vinieran á echar por tierra las instituciones monárquicas del Nuevo, que los principios de absolutismo y de gobierno hereditario vinieran á borrar hasta el recuerdo del absolutismo y del gobierno hereditario, y que los mismos sostenedores del de-

recho de conquista vinieran á soplar el fuego de la Independencia, convirtiéndose así de terribles enemigos, en poderosos auxiliares de la libertad.

Y así sucedió. Los monarcas, que sin mas ley que su capricho, sangriento y terrible las mas veces, gobernaban los antiguos pueblos de la América, cayeron al empuje de los soldados de Cortés, de Pizarro y de los Almagros; desapareció la monarquía para dar lugar á la colonia. Pero esas colonias eran gobernadas por vireyes, por adelantados ó por capitanes generales que duraban pocos años en el poder, y que eran exaltados ó destituidos caprichosamente por la corte de España.

Temerosos siempre de su porvenir, acatando serviles la voluntad de su señor, pendientes de la gracia de los favoritos del rey, y temblando cada vez que un buque de la metrópoli surcaba las aguas de la colonia, aquellos gobernantes expuestos á las acusaciones de sus mismos empleados, no eran ni la sombra de un monarca: los pueblos de la América se acostumbraron á no ver en ellos mas que hombres sujetos á la voluntad de otros hombres. Nada de sagrado, nada de Dios, nada de derecho divino aprendieron en aquella dominacion, que miéntras más terrible era y mas despótica, mas les hacia comprender que eran los hombres y no el derecho de la herencia los que podian formar de un semejante suyo un déspota ó un padre de los pueblos, un tirano ó un bienhechor, pero en todo caso, un gobernante, virey ó adelantado, corregidor ó capitán general.

Los tumultos tan comunes en las colonias, en-

señaron á los pueblos que habia en ellos un poder, un derecho, una fuerza latente que trataba de ocultárseles, pero que existia y que esgrimian como una arma los mismos que se la negaban. Los pueblos entónces comenzaron á comprender que eran algo que no creían; comenzaron á comprender que sus opresores eran ménos de lo que ellos presumieron.

Aun hay mas: los pueblos de la América que no llegaron ni á formarse idea del esplendor y brillo que rodeaba á los monarcas de una atmósfera luminosa, haciendo de ellos casi una divinidad para deslumbrar á los hombre, que no sintieron nunca uno de esos grandes rasgos que forman lo que se llama la magnanimidad de los príncipes, sufriendo todo el peso de las persecuciones religiosas y políticas, de los tributos y las gabelas. El único lado, pues, por donde se vió la monarquía, fué por el mas odioso, por el de la guerra, por el de las persecuciones, de la esclavitud, del monopolio, del estanco, de los impuestos, de los azotes, de la picota y de los autos de fé del Santo Oficio.

Verdad es que quizá esto mismo era lo único que tenian los pueblos del Viejo Mundo; pero considerando la diferencia de razas, de países y de antecedentes históricos, ¿era necesario mas para engendrar el desprecio ó el odio á las instituciones y á los principios monárquicos? Ciertamente que no; y esa leccion diaria, y ese trabajo incesante, y esa gota, cayendo constantemente por espacio de trescientos años, preparó el terreno á la democracia, á la Independencia y á la República, minan-

do y desmoronando hasta los últimos restos de monarquía y de poder absoluto.

Bajo la cincelada borgoñota de Cárlos V, bajo la severa ropilla de Felipe II, los modernos apóstoles de la democracia habian tenido colaboradores; y los ilustres héroes de nuestra Independencia, infatigables obreros que comenzaron trescientos años ántes á preparar el desenlace de ese grandioso drama que se llama la Independencia de México, de esa sublime epopeya que se llamó la Libertad del Nuevo Mundo, de ese gigantesco paso de la humanidad, que se llama y se llamará por muchos siglos, la Democracia en la América.

En aquellos dias, el terreno estaba preparado para recibir la cimiento; el bronce líquido y dispuesto para correr precipitándose en el molde; los pueblos esperando y presintiendo que habia llegado el momento de alzarse por su libertad, por ser pueblos, por ser reyes y señores de sí mismos, y el *sapientia edificabit sibi domum* del Antiguo Testamento, nunca con mas propiedad pudo aplicarse que entónces, á la democracia, que habia preparado para extender sus dominios, no una ciudad, un pueblo, una nacion, sino una inmensa muchedumbre de pueblos y de ciudades, una fabulosa cadena de naciones, que unidas entre sí por la eterna y majestuosa cordillera de los Andes, iban á dar al asombrado mundo el ejemplo hasta entónces desconocido en la historia, de un continente democrático y republicano.

Todos los pueblos, como los soldados que esperan en el silencio de la noche el lejano toque para

lanzarse al bombate, esperaban, conteniendo casi los latidos de su corazón, clavando fija pero incierta su mirada en el porvenir, y con la mano apoyada sobre la empuñadura de sus espadas, aquel momento solemne. Sonó la hora de la Independencia; el primer estampido de los cañones y el primer grito de libertad se escuchó en la América, el eco de las montañas lo fué repitiendo con ligeros intervalos, propagándose por toda la cordillera de los Andes, levantándose un rumor guerrero que atronó desde el estrecho de Bering hasta el estrecho de Magallanes; y era que un mundo proclamaba su Independencia, y era que la América se alzaba contra la Europa, y era que se iban á dar un terrible combate las repúblicas nacientes y las envejecidas monarquías; era que la aurora de la democracia se anunciaba al mundo, no como la del día, con el canto de las aves, sino con el sonoro rugido de las tormentas.

México no podía faltar al llamamiento; tenía señalado un puesto de honor en la lucha, un camino de peligro en el asalto, un asiento de gloria en el triunfo.

México necesitaba un caudillo, un héroe que le dijera: "Llegó el momento";—Hidalgo fué ese héroe y ese caudillo; las sombras de la muerte lo cubrieron á los ojos del pueblo, pero otro y otros empuñaron el estandarte, y atravesaron, á la cabeza de ese pueblo, ese Océano embravecido que devoró tantos millares de víctimas, y que conocemos por la guerra de Independencia, hasta llegar á la region luminosa de la libertad de la Patria.

La historia de aquella época está viva en nuestra memoria, palpitan sus recuerdos, y loca empresa fuera narrar hazañas que vosotros conoceis, y hablar de hombres que cada uno de ellos necesitaria un Homero para poder cantar sus virtudes y sus glorias.

Hidalgo el arrojo, Morelos la inteligencia y el valor, Guerrero la abnegacion y la constancia; hé aquí ese sublime conjunto, esa trinidad de génius en derredor de la cual se agrupa la pléyade luminosa de nuestros libertadores que con tanta razon puede llamarse la constelacion Hércules de nuestra Pátria.

¿Quién de nosotros los que formamos esta generacion, no ha escuchado en los primeros años de su vida, allá en aquella edad en que las tradiciones y las leyendas se graban en la memoria como en una lámina de diamante; quién no ha escuchado en esas noches tranquilas y al dulce abrigo del hogar paterno, y reclinada la infantil cabeza sobre el blando regazo de una madre amorosa, referir á los viejos amigos de la familia esa historia siempre repetida y siempre nueva para los corazones bien formados, la historia de la Independencia de nuestra Pátria?

¿Quién de nosotros en el trascurso de nuestra vida y en la revuelta existencia de esta sociedad, no ha llegado á encontrarse con alguno de esos antiguos veteranos, que cubiertos con los despojos de su viejo uniforme, despojos que ellos miran con tan profunda ternura, nos ha referido con la voz trémula por la emocion y con los ojos anubla-

dos por el llanto, algunas de las luminosas páginas de la historia de nuestros héroes, pronunciando aquellos nombres para él familiares, y de veneracion para nosotros, de HIDALGO, MORELOS, MATAMOROS, GUERRERO, MINA, BRAVO y GALEANA?

Diez años de lucha, ¿y en qué punto, pudiera preguntarse, no hubo un combate? ¿Y qué lugar no fué consagrado con la sangre de un mártir? Aquella sangre habia sido el agua lustral de México, que purificado apareció el dia de su apoteosis á tomar su lugar en medio de las naciones libres.

Desde entónces nació la República, y la monarquía se hizo imposible; por un momento el pueblo creyó que podia tener un Emperador, se erigió un trono, y México fué Imperio; pero aquel ensayo era el error de un pueblo niño, y todas las glorias agrupadas en derredor de Iturbide, no fueron una egida bastante poderosa para impedir la catástrofe de Padilla.

Cuarenta y cuatro años despues, en el cerro de las Campanas tenia un sangriento desenlace el segundo ensayo monárquico, y la sombra de Maximiliano vagó errante, hasta que envolvieron á Francia las tinieblas de la noche en la memorable jornada de Sedan.

México habia cumplido con los compromisos que la naturaleza le habia impuesto al hacer de este pueblo una nacion, individuo de esa sociedad de naciones que forman el Continente Americano, y de las cuales solo el Brasil existe bajo el régimen imperial.

La democrácia y la República hallaron su asilo

en ese Continente: aquí el pueblo es todo, el pueblo gobierna, y si algunas veces gime en la opresion, y la sombra de la tiranía se proyecta sobre sus hogares, esa tiranía y esa opresion no se atreven, sin embargo de su poder y de su audacia, á tocar el sagrado de los pueblos; no se atreven nunca á invocar como fuente de su poder el derecho divino. Abusando en nombre de la soberanía popular, y capaces de todos los delitos, de todos los crímenes, tiemblan ante la idea de apellidarse reyes y de llamarse majestades en un Continente que vió nacer á Washington, á Bolívar y á Hidalgo.

Repúblicas inmensas como los Estados Unidos del Norte, Repúblicas pequeñas como el Salvador, tranquilas y felices, ó destrozadas por la anarquía y sangrando por la guerra civil, ricas y poderosas hasta sostener ejércitos y armadas como el imperio mas floreciente de los antiguos tiempos, ó pobres pudiendo apénas subvenir á los gastos de su administracion interior; sobre la superficie de la América se encuentran naciones en todos estos casos, en todas estas situaciones, pero siempre viviendo bajo la doctrina democrática, siempre gobernadas bajo el sistema republicano, á pesar de los sordos trabajos del partido reaccionario, á pesar de las intrigas de los reyes y de los emperadores, que cegados algunas veces por su orgullo, y embriagados por las lisonjas de sus cortesanos, han llegado á enviar hasta las playas del nuevo Continente, ejércitos que vinieran á plantear aquí una monarquía y á formar un trono con sus bayonetas.

Inútiles esfuerzos: los soldados que venian buscando la monarquía, regresaban á su país llevando la idea de la República.

Franklin, arrebatando el rayo á las nubes para ponerlo en las manos de los hombres, simboliza la América arrancando el poder de manos de los reyes para ponerlo en las manos de los pueblos.

Eterna pesadilla de los monarcas de Europa, nuestras Repúblicas pueden ser el espejo de los pueblos oprimidos; y si la calumnia y la maledicencia ensayan constantemente sus venenosas lenguas en nuestros gobiernos y en nuestras instituciones, es, ó por temor de que sus pueblos se asimilen á los nuestros buscando la libertad en la República, ó por despecho de no haber conseguido como nosotros la República y la libertad.

Hemos cometido errores, hemos tropezado y hemos caído; la guerra fratricida ha destrozado muchas veces al pueblo naciente, el vapor de la sangre ha nublado muchos dias nuestro sol, y la ingratitud ha manchado nuestra historia, y hemos dado el patíbulo por único premio á hombres á quienes hoy glorificamos, y á quienes hoy levantaríamos un templo. ¿Pero qué pueblo, sobre la tierra, podrá tirar sobre nosotros la primera piedra? Necesitábamos la reforma, y la reforma radical; y hay triunfos que no pueden alcanzarse sino á costa de sangrientos sacrificios, y hay victorias tan caras, que el alma gime y se estremece al contemplar el inmenso precio que ha costado el alcanzarlas.

Para comprender la grandeza de un pueblo, sus

virtudes y su derecho de ser independiente, libre y soberano, es necesario conocer tambien los dolores, los sacrificios y las lágrimas de ese pueblo en su penosa peregrinacion desde la infancia á la virilidad. Pueblo que no ha sufrido, que no ha luchado, que no ha llorado; pueblo que no ha regado con su sangre la escabroso senda de su libertad, es un pueblo que no comprende la grandeza de su conquista, que no sabrá estimarla en lo que vale, y que no será capaz de sucumbir desapareciendo de la haz de la tierra, ántes que perder la gloriosa herencia de sus mayores.

Solo las revoluciones que han estrañado un principio político ó social de libertad y de progreso, han llegado á triunfar entre nosotros, dejando tras de sí y en pié los principios que proclamaban; todas las rebeliones han muerto y morirán en lo de adelante, á pesar de sus tenaces resistencias, porque la enseña de la ambicion y de los intereses personales no puede llevar tras de sí mas que la vergüenza y la derrota de los que la enarbolan; y si en nuestra historia se registran cien revoluciones y se leen con indignacion cien rebeliones, aquellas marcan los pasos de una sociedad que camina sin detenerse á la civilizacion y al progreso; estas son el recuerdo de otros tantos triunfos del pueblo sobre los que han querido convertirle en ciego y dócil instrumento de sus caprichos y de sus pasiones.

Pisamos ya la era del presente, ¿y qué veis? No seré yo quien trate de pintaros un cuadro halagador, aun hay que sufrir, aun hay que llorar,

aun hay que defender y que conquistar; pero esto prueba que las obras de los hombres son siempre capaces de perfeccionarse, deleznable y fáciles de destruirse; prueba que el progreso no tiene "hasta aquí," prueba que la humanidad no nació para el descanso, sino para la lucha.

Despreciando nuestras cosas y nuestros hombres, vuelven algunas inteligencias su mirada al otro lado de los mares, buscando en la antigua historia ó en las naciones del Viejo Mundo, hombres tipos de patriotismo, pueblos modelos de democracia, instituciones ejemplos de garantías; pero por mas que se registran las antiguas crónicas y se estudian las modernas civilizaciones, la América tiene un Washington, frente al cual palidece la figura de Cincinato; un Morelos que en nada cede á Vereingetorix y á Viriato, y un Bolivar, cuyos talentos militares y cuya clara inteligencia podrian servir de estudio á los Aníbales y á los Scipiones.

Las Repúblicas de América son las únicas que han puesto la corona de la soberanía sobre la cabeza del pueblo, de ese antiguo destronado que se movió en los primeros tiempos de Roma, que protestó en los municipios de España, que se indignó en la revolucion francesa, y que se ha glorificado en las naciones de América.

Las Repúblicas de Roma fueron el galvanismo, la ilusion y el ensayo; las de Francia la poesía, la pasion, el vértigo; las de América la realidad, la lógica, la filosofía.

El porvenir es de la democracia: el vapor y la

electricidad llevarán del Nuevo Mundo al Viejo continente, esas ideas y esas instituciones que son el terror de los grandes y la esperanza de los pequeños; que anuncian la nueva redencion, y que no tienen escrita su historia en ciclópeos muros ni en pelásgicos monumentos, sino en una senda de luz que se mira en el porvenir, porque la democracia y el progreso no son como Atila que marcaba con ruinas el paso de sus ejércitos, sino como el libertador de los israelitas que hizo abrirse los mares tempestuosos para dar paso franco al pueblo escogido.

Si todavía en medio de este cuadro de adelanto y de libertad, suelen encontrarse manchas, de las que se hace gala para operar el triunfo, la grandiosidad y la magnificencia de las conquistas del pueblo hacen desaparecer esos pasajeros celages que manchan un instante el purísimo cielo de la República, y ni la historia ni la filosofía apreciarán esos pequeños accidentes como un argumento contra la bondad de nuestro modo de ser político y social, así como un rico y fantástico paisaje de la zona tórrida no pierde nada de su espléndida belleza á los ojos del artista que le contempla, porque debajo de sus floridas malezas se arrastra venenosa serpiente, se oculta el escorpion bajo el musgo de los peñascos, ó cruza el tigre silencioso entre las frondosas arboledas.

¡Conciudadanos! ¿Será decir todo esto lisonjear demasiado vuestro orgullo patriótico? Tal vez, y plegue al cielo que tal efecto pudieran producir mis palabras; porque quizá nuestro gran defecto

nacional haya consistido en la poca fé que hemos tenido en nosotros mismos, y la demasiada veneracion en las cosas y en los adelantos de otros países, que al través de exageradas relaciones han tomado á nuestros ojos proporciones gigantescas.

Nada importa que el porvenir ruja con la tempestad ó se ilumine con la luz meridiana; nada importa el amago de la desgracia ó la esperanza de la ventura envueltas en su seno: los que llevan en sus venas la sangre de esa raza que supo hacernos independientes, los que comprendan cuánto orgullo hay en llamarse mexicanos, los que en este día de santos recuerdos para la pátria sientan en sus corazones la llama del entusiasmo, esos, esos serán los que hagan de Mexico una nacion poderosa, y lanzándose siempre los primeros en defensa de los sagrados derechos del pueblo, podrán algun día alzar la tricolor bandera de Iguala y presentarla al mundo coronada de laureles y alumbrada por el sol de la gloria, diciendo: México es grande porque es republicano, México es libre porque merece serlo, México es la tumba de las tiranías y el asilo de las libertades.

¡VIVA MÉXICO!